

Humanismo

cristiano

Valentin Matilla, S. J.

Ante el título de las presentes páginas cabe la pregunta de si es posible un auténtico humanismo cristiano.

La duda tiene fundamentación histórica, ya que no pocas corrientes humanistas de todos los tiempos han corrido por cauces abiertamente paganos. Por otra parte, "humanismo" parece llevar en sus mismas entrañas un antropocentrismo artístico, filosófico, cultural. Y, a su vez, el cristianismo exige amor a Dios sobre todas las cosas; luego no encaja dentro de sus moldes una cosmovisión que atribuya al hombre valores absolutos.

Más todavía, la esencia "indefinible" del hombre histórico sólo puede ser conocida a fondo cuando partimos del supuesto de que su total realización es gracia y nada más que gracia.

Un ser tan metafísica e históricamente para-Otro, tan indigente, incapaz por sí de tocar con la mano su propia meta, ¿puede dar nombre a una síntesis cristiana? Uno sentiría pocos ánimos para afirmarlo; pero tenemos el relato del Génesis: Dios pone a dispo-



sición del hombre toda la creación; todavía más, en un desfile maravilloso ante Yahvéh y Adán, éste da nombre, como señor, a todos los animales de la tierra (Gen. 2,19-20). El hombre señor, el hombre centro, no absoluto naturalmente, pero centro; posibilidad y realidad de un humanismo.

Viene el pecado y el hombre pierde muchas cosas importantes, como el dominio aun sobre sí mismo (entonces conoció que estaba desnudo (Gen. 3,7)), pero sobre todo la filiación divina y la posibilidad de alcanzar a Dios eternamente. Un humanismo en esa situación no podía tener otra dirección que la del mismo hombre: "*éramos hijos de ira*" (Efes. 2,3), porque "*por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte*" (Rom. 5,12). Humanismo lanzado a su propia aniquilación. Humanismo muerto.

Hoy, con Cristo "*espíritu vivificante*" (1 Cor. 15,45), es posible un humanismo vivo, con proyección ultramundana. El hombre sigue siendo centro, pero unido a Cristo: "*Ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro; y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios*" (1 Cor. 3, 22-23).

Todo humanismo cristiano, el único auténtico, ha de salvar dos elementos fundamentales: la presencia del hombre y la presencia de Cristo. Sin hombre no puede haber, por definición, humanismo. El que también Cristo deba estar presente, con su obra, es algo implícito en toda nuestra fe:

No se puede entender al hombre sin Redención, pues precisamente esta Redención ha salvado los valores ontológicos más profundos del ser-hombre histórico: su reorientación a Dios, el encuentro con la posibilidad de alcanzar su propio fin, el sentido de su vida, todo esto ha sido salvado, "redimido" por Cristo.

Vocación temporal

Así pues, el objeto único del humanismo cristiano no puede ser otro que el *hombre redimido*.

¿Con qué notas definiremos al hombre redimido?

Se nos impone con fuerza creciente la idea de que no vivimos solos en el mundo, de que nuestra existencia aquí abajo corre, no sólo paralela, sino identificada y formando un todo con la de los otros hombres. Esta unificación de tantas corrientes culturales, industriales, sociales, en una palabra humanas, es un hecho: es el río poderoso de la vida moderna. Cada día nuestra conciencia humana se hace más sensible ante el pecado del absentismo social, en el sentido más amplio de esta palabra.

En el mundo de hoy, más que nunca, el individuo halla su puesto en función del bien comunitario.

El cristiano debe vivir su vocación temporal en la sociedad del siglo XX. Y advierto que, con el matiz explicado, aun las vocaciones más sobrenaturales tienen su faceta de vocación temporal, de colaboración al bienestar y al perfecto desarrollo de la vida humana acá abajo. Piensese en el caso extremo de los religiosos puramente contemplativos: con sus oraciones atraen bendiciones para "este" mundo, dan un testimonio maravilloso de austeridad como forma sana de vida, enseñan una manera —la más segura— de vivir felices esta existencia temporal.

La vocación temporal es algo que siempre ha admitido la antropología cristiana y S. Pablo, consciente de ella tanto como de su altísimo llamamiento al apostolado, trabajaba en su oficio manual para no ser gravoso a sus hermanos (Act. 18,3; 1 Cor. 4,12 y 1 Tes. 2,9) y proporcionarles al mismo tiempo un buen ejemplo que imitar (2 Tes. 3,8-12).

Inserción en la vocación sobrenatural

Sin embargo, el cristianismo no puede colocar en la cúspide de su Humanismo el desarrollo perfecto de esta vocación temporal. Por encima de ella ha de lanzarse al propio despliegue en otro plano, en el de su vocación sobrenatural; no opuesta a la temporal, sino superior a ella, pero indentificada de algún modo con ella, como lo está el fin con respecto al medio. Más aún, la vocación temporal en el cristiano no es meta, sino camino; pero camino "sobrenaturalizado" desde el momento en que se dirige a una meta sobrenatural. Y, hablando con pleno rigor, no hay dos planos en el cristiano; hay en definitiva una vocación absoluta y sobrenatural; en ella queda inserta y sobredignificada la temporal.

Ni el artista, ni el científico, ni el capitalista, ni el obrero puede buscar el perfeccionamiento propio en su vocación temporal, olvidando que *ahí* ha de forjar al "hombre nuevo" (Col. 3, 10), al hijo de Dios que es él, en cuyo interior clama el Espíritu de Cristo: Abba, ¡Padre! (Gal. 4,6).

Y el cristiano que vive en el mundo, ha de hacerlo como quien no es del mundo porque ha sido entresacado de él (Io 15,19), porque fue elegido "antes de la constitución del mundo" (Efes. 1,4), y, si tiene esposa, "como si no la tuviese" (1Cor. 7,29).

En una palabra, la "postura" psicológica de quien respira a pleno pulmón el aire de esta vida y camina con los pies muy puestos sobre la tierra, ha de ser sin embargo la del peregrino que no tiene aquí su patria y busca la del cielo ansiosamente (Hebr. 13,14).

En esta síntesis de los dos planos, en esta visión del fin ultraterreno, sobrehumano por indebido, que hay que ganar aquí abajo, pero de la mano del Espíritu, se encuentra la quintaesencia del Humanismo cristiano.

Un dualismo que negase el origen único de *todo* el hombre (Dios) o el fin único de *todo* el hombre (Dios conocido y amado sobrenaturalmente) sería esencialmente anticristiano. Por consiguiente, también será anticristiana toda doctrina que rompa la unidad interna del hombre, considerando al cuerpo como esencialmente malo y enemigo del alma: Platón, maniqueos y no pocas corrientes ascéticas dentro del cristianismo de anteaer, de ayer mismo y casi —o sin casi— de hoy.

Integración en el Misterio Muerte-Resurrección

Jesucristo, Dios y Hombre, nos manifiesta claramente el ideal de nuestro desarrollo: "*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*" (Mt 5,48).

Nadie duda de que tal invitación encierra una verdad profunda; más aún, una verdad de orden práctico con fundamento auténticamente teológico. Sin embargo, a nadie escapa —menos aún a Cristo— la dificultad de reducir a realidad concreta nuestra imitación de la santidad divina.

Para allanar tal obstáculo Jesucristo se proclamó a sí mismo Camino (Io. 14, 6). Y, entendámoslo bien, Camino tan definitivamente único que hace exclamar a Tertuliano: "Ninguna curiosidad tiene cabida en nosotros después de conocido Cristo-Jesús". Mas el cristiano, al tratarse de Cristo —Camino, Verdad y Vida—, no puede contentarse con una aprehensión superficial; tiene más bien que tender al conocimiento asimilativo y transformante (todo ello suele implicar la palabra "conocer" en la Escritura). Es Cristo el Verbo eterno de Dios hecho carne (Io. 1,14), con "*cuya plenitud*" tan auténticamente hemos sido enriquecidos (Io. 1,16), que "*nos podemos llamar hijos de Dios y de verdad lo somos*" (1 Io. 3,1). Hemos dado a Dios la humanidad y el —¡a cambio!— nos ha constituido dioses: "*ut filii Dei nominemur et simus*".

Hombres divinizados: he aquí el término del verdadero humanismo. Es la traducción de las palabras: "*Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*".

Pero la divinización del hombre es, hoy por hoy, una realidad "recuperada", ya que en Adán todos pecamos y por el pecado dejamos de ser hijos de Dios, para ser "*hijos de ira*". La reorientación a Dios de la humanidad es un hecho en la Muerte y Resurrección de Cristo: "*en su sangre seremos todos salvados de la ira*" (Rom. 5,9) y en su resurrección nuestra fe no es inútil sino germen de un conocimiento bienaventurado de Dios "*como El es*" (1 Cor. 15,14; 1 Io. 3,2). Todo el edificio cristiano se levanta sobre este bloque monolítico que llamamos Cristo Jesús, Viernes Santo y Domingo de Resurrección.

Dios no inventó el dolor; lo halló en el mundo como fruto del pecado: "*Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte*" (Rom. 5,12). Mas Dios supo con amor transformar el fruto de maldición en fuente de gracia. Por ello la redención antes y más que liquidación de deudas es la Obra del amor de Dios: "*Así amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito*" (Io. 3,16).

Dios no inventó el dolor, pero sí la Glorificación de su hijo, "*primicia de los que duermen*" el sueño de la muerte (1 Cor. 15,24) porque en Cristo "*todos serán vivificados*" (ib. 22).

Los cristianos, queramoslo o no, hemos sido arrebatados por la voluntad redentora de Cristo, voluntad operante en Cristo Cabeza y en los miembros de su Cuerpo que es la Iglesia, es decir en nosotros.

Con Cristo hemos muerto al hombre viejo y "*con El hemos sido sepultados por el bautismo*" (Rom. 6,4). Con Cris-

to hemos resucitado nuevos hombres (hijos de Dios) al salir de las aguas regeneradoras. Finalmente con Cristo sufrimos y morimos en esta vida, para con El resucitar gloriosos.

{ Nuestra integración profundísima al Misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo no es algo libre y de supererogación en la vida cristiana: Cristo ha padecido y muerto "*dejando ejemplo para que sigáis sus huellas*" (1 Petr. 2,21). Tremendo error el de quien se imagina la doble posibilidad: cristiano crucificado, cristiano sin cruz. No hay pues en el cristianismo vocaciones "creadoras" como contrapuestas a vocaciones "redentoras". Todo cristiano está llamado con Cristo a la cruz y, por ella, a la resurrección: "*llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo*" (2 Cor. 4,10).

La cruz debe, pues, presidir cualquier forma de vida cristiana. Pero, naturalmente, se introducirá en ella de muy diversas maneras y bajo infinidad de aspectos.

No es la misma la Cruz del monje y la del seglar, la del casado y la del célibe, la del profesional y la del obrero. Pero todos, en cuanto cristianos, "*hemos sido bautizados en la muerte de Cristo*" (Rom. 6,3) y, por consiguiente, debemos considerarnos "*muertos al pecado* —¡cruz!—, *viviendo para Dios*" (Rom. 6, 11).

El bautismo, con todas sus consecuencias, permanece en nosotros hasta el fin de los tiempos. Ahora bien ¿no olvidamos demasiado que una consecuencia enorme del bautismo es la "renuncia a Satanás, a sus pompas y a sus obras"? ¿y qué es esta renuncia, sino cruz hasta la muerte? El sacramento del agua es la puerta grande al templo de la Cruz que es la Iglesia, Y en ella el cristiano alimenta y santifica su vocación temporal-sobrenatural,

con la *confirmación* que le arma caballero de la cruz, “signo te signo crucis”,

con la *eucaristía*, memorial eficaz y transformante de la muerte de Cristo: “*anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga*” (Cor. 11,26),

con la *penitencia*: ¡cruz! limpieza dolorosa del alma,

con el *matrimonio*: desarrollo perfecto —en orden a la especie— de la persona humana, pero, recordemoslo bien, precisamente por la entrega absoluta, desinteresada, sacrificada, recíproca de los cónyuges: “*gran misterio éste, lo digo con relación a Cristo y a su Iglesia*” (Efes. 5,32),

con el *sacerdocio* y su destino peculiarísimo a ofrecer la Víctima, a vivir unido con ella, a predicar de palabra y obra a “*Cristo crucificado*” (1 Cor. 1,23; 2,2),

con la *extremaunción*: entramos en la vida con la cruz hecha agua sobre nuestra cabeza, con la cruz salimos para la eternidad protegidos y ungidos por el santo óleo.

Una parcela importantísima de esa vocación santificada sacramentalmente en el Templo de la Cruz es el “*trabajo*” o profesión social de cada uno. No podemos olvidarlo.

Porque todo trabajo, a lo cristiano, debe ser ejercicio de caridad. La función social de cualquier profesión no puede ser soslayada por el cristiano, sino sobrenaturalizada con el amor que el Espíritu de Cristo pone en nuestros corazones.

Mas aquí, en el mismo proceso transformativo del trabajo encontramos de nuevo la Cruz de Cristo: ya que la caridad, una vez más, exige superación de todo egoísmo y despliegue trascendental al “otro”; la caridad pide renuncia a ciertos trabajos o modos o remuneraciones que van contra el Espíritu de Cristo; la caridad acaba con la fabricación de ídolos a la que tan propensos somos los hombres, sobre todo en las profesiones más estimadas; la caridad finalmente requiere el abandono continuo

de las posiciones tomadas para proyectarse sobre nuevas formas de trabajo más provechosas al Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia.

Así pues, no hay antropología cristiana sin Cruz.

Pero tampoco la hay sin Resurrección: En Cristo, “*Cabeza del Cuerpo de la Iglesia*” (Col. 1,18), todos somos vivificados (1 Cor. 15,22). Y ya hemos dicho que esta aparición de la vida divina en nosotros es cosa maravillosamente presente, si permanecemos “*en el Señor*” (1 Tes. 3,8), desde que pisamos el umbral de la Iglesia de Cristo. La resurrección de Jesús opera nuestra filiación divina “*para que la vida de Jesús se manifiesta en nuestros cuerpos*” (2 Cor. 4,10).

El cristiano nunca puede transigir con pesimismo ni complejos de inferioridad, porque sabe que aun el mayor fracaso ante el mundo, puede convertirse en fuente de vida y victoria: “*como quienes se están muriendo y ¡he aquí que vivimos!*” (2 Cor. 6,9).

Por consiguiente, el humanismo cristiano es auténticamente constructivo —edificado sobre “*la piedra angular Cristo Jesús*” (Efes. 2,20)—; gozoso, síntoma de la mejor salud —“*siempre regocijados*” (2 Cor. 6,10)—; fundamentalmente lanzado a un desarrollo ininterrumpido en la virtud de Cristo —“*para que tengan vida y la tengan más abundante*” (Io. 10,10)—; con un término, término absoluto que es definitiva explosión de gloria: “*y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: La muerte ha sido absorbida por la victoria... Pero gracias sean dadas a Dios que nos concede la victoria por nuestro Señor Jesucristo. Así pues, hermanos míos muy amados, manteneos firmes, incommovibles, abundando siempre en la obra del Señor, teniendo presente que vuestro trabajo no es vano en el Señor*” (1 Cor. 15,54-58).